

Nueve razones para leer a Ruy Sánchez

Mónica Lavín

En la más reciente edición de la Feria Internacional del Libro de Yucatán, en Mérida, el escritor mexicano Alberto Ruy Sánchez recibió un homenaje. En esa ocasión, Mónica Lavín desglosó una novena de explicaciones: por qué la experiencia de acercarse a las novelas que integran el Quinteto de Mogador implica una suerte de parteaguas en la vida de cada lector.

Y la palabra creció tanto entre sus manos que se les escapó inevitablemente entre los dedos. Era de agua, de humo, de luz, de tiempo. Era la palabra Mogador.

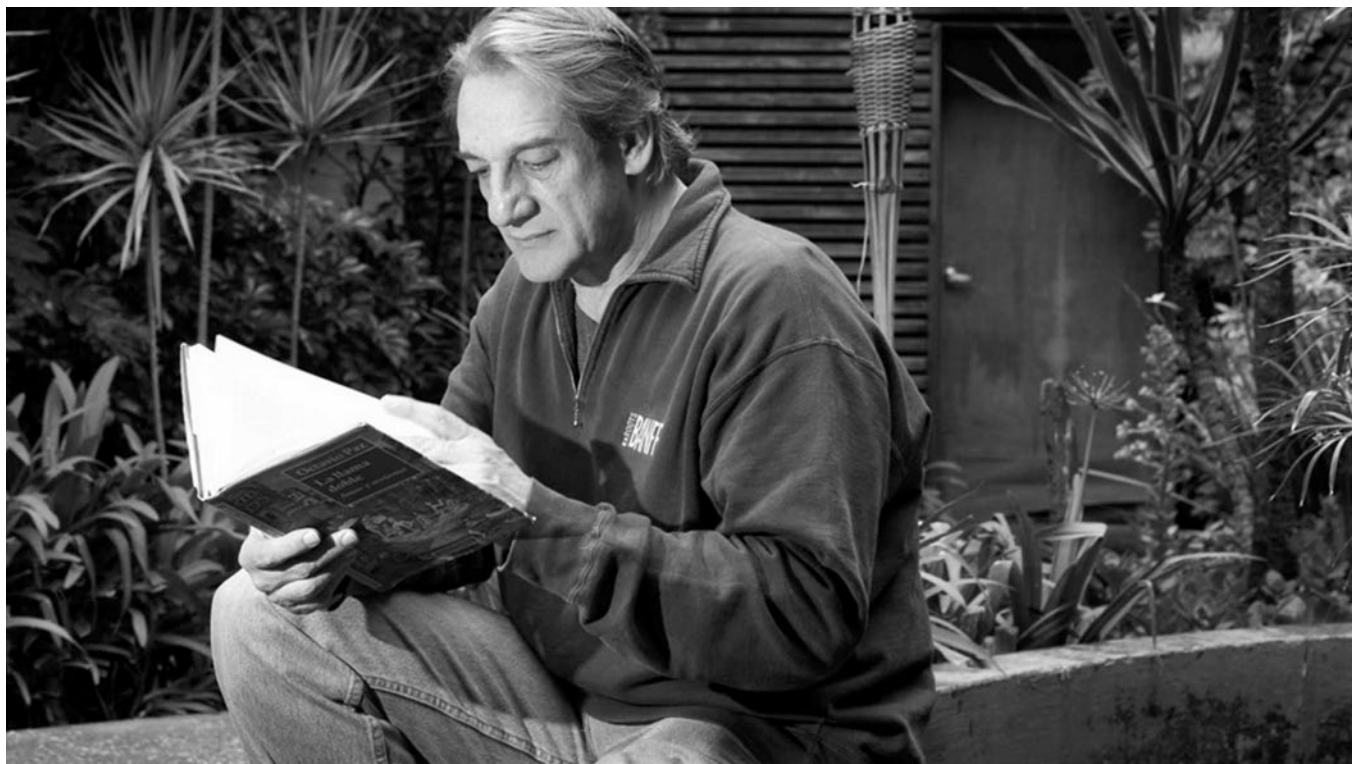
1. INVENTOR DE UNA GEOGRAFÍA: LA DEL DESEO

Después de Alberto Ruy Sánchez ya no podemos vivir sin Mogador. Él lo puso en nuestro camino. Le dio callejuelas y temperatura, el color de la tarde, el bullicio y el secreto. Él construyó una ciudad literaria: la ciudad del deseo. En Mogador se encuentran y se pierden los amantes, el tiempo está de su lado y corre a su manera. Entrar en cualquiera de las piezas de el *Quinteto de Mogador* es sumergirse bajo la piel y sus pulsiones, es hacer un pacto poético con la sed del cuerpo y su capacidad de inventar el territorio hecho de dos. Mogador es un espacio en la mente, es la llama doble paciana, la sed del otro, el sentido que da el otro al uno, como hecho, como fantasía, como idea. Si la literatura es poderosa porque nos coloca desnudos frente a nuestros sueños y

nuestras fragilidades, en Mogador el viaje se hace doblemente desnudo. El cuerpo es aquí la coraza más poderosa y a la vera de los elementos todo puede suceder. *En los labios del agua* somos líquidos y fluimos en un compás de mareas, en *Los nombres del aire* lo etéreo e impalpable se hace visible, en *Los jardines de Mogador* las voces de la tierra nos guían por un laberinto vegetal, en *La mano del fuego* se amasa el deseo que puede guardar por milenios una vasija, la llama se alimenta del aire, necesita la tierra y con el agua puede hacer pactos pasajeros.

2. NOS INVENTA COMO LECTORES

Todo libro nos inventa como lectores; crea un pacto de unicidad. El *Quinteto de Mogador* de Alberto Ruy Sánchez nos hace soñantes. Y nos reconocemos legión. El deseo es nuestro secreto más vital, lo celamos, lo abrigamos. Nos deshacemos en él, nos volvemos papel seda, superficie acariciable. Somos puro acto poético y la rea-



Alberto Ruy Sánchez

lidad de esa geografía imposible nos hace ciudadanos en vértigo. Nos perdemos en sus recodos y nuestros sentidos pasean y se sulfuran y se agitan y se doblan y nos aceptamos deseantes. Porque lo que ocurre en Mogador, lo que atañe a sus personajes es experiencia común. Pero tenía que venir un autor para llevarnos a lomo de palabras y devolvernos al mundo distintos. Si ya estuvimos en el Mogador de Ruy Sánchez no somos los mismos. Paradójicamente hemos perdido la inocencia para ser más inocentes. Más capaces de hacer del silencio una música celestial. Los cuerpos y su código, el lenguaje, más a la mano y sin embargo el menos evidente, hasta antes de Mogador. Los lectores de Alberto nos rendimos poderosos, al hechizo de su prosa, a la urdimbre de seda de sus tramas, al aliento de los amantes.

3. RITUALES

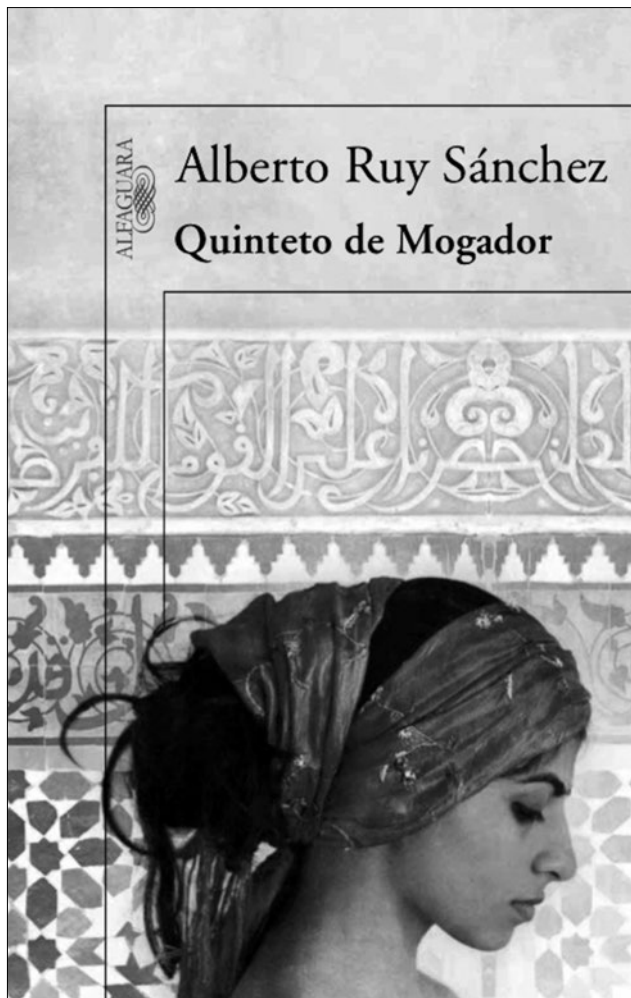
Desde su propia herencia del desierto, desde la migración de sus abuelos, Alberto transmite el señorío de la arena y sus plantas de furiosa floración. Ese rito estacional, ese atisbo de supervivencia es espejo de las ceremonias íntimas de los hombres y las mujeres. Alberto Ruy Sánchez nos devuelve la importancia del ritual, la necesidad de su invención y su herencia. Esculca en el silencio, las formas calladas que cincelan la permanencia en el efímero encuentro de los cuerpos. El erotismo es sobre todo rito, entrega y posesión, acuerdo. Es pacto silente y fugaz construcción, su fuerza radica en la anticipación y en la huella. En medio la necesidad de la constancia. El acto como puente. La palabra y sus arabescos como señal.

3. EL TATUAJE

Los signos de los soñantes mogadorianos son los arabescos del persa. La palabra es plástica; es danza de líneas, gajos de trazos. Y los amantes mogadorianos no existen sin ellos. Están en las vasijas, en los papeles, en los muros y en la piel. Los lectores de Alberto Ruy Sánchez no se quedan en las orillas del papel, lo prolongan en sus cuerpos, hay quienes escogen hacerlo visible. Se tatúan los signos, las palabras. Las lucen en el cuello, en el omóplato, con la elegancia de la sugerencia. Y mandan fotos al autor, y el autor prolonga al lector tatuado por sus palabras, en sus textos. Lo hace imagen de portada, tema de la historia.

4. AMANTES

A pesar de que Mogador es un espacio físico y el autor una persona, estoy tentada a llamarle Mogador a Ruy Sánchez. Sus jardines son estos libros, son los espacios cuidados, laberintos vegetales, escondrijos de anatomías, de humedades y aromas sutiles, un enjambre de raíces que se enlazan bajo tierra, que proponen enredos, y que de día lucen una cara que la noche desmiente. Arrogantes con la luz, en la oscuridad exhalan el gas que el oxígeno les niega. Jardines como amantes donde los lectores perdemos la brújula para al fin recuperarla cuando aceptamos cultivar nuestra propia parcela. Un libro no es un manual, pero sí un artilugio de supervivencia. En los jardines de Mogador, los amantes contravienen a la muerte.



5. SENTIDOS

El *Quinteto de Mogador* precisa de nuestra lectura de cuerpo entero, no basta con oírlo con los ojos, pues está lleno de imágenes y música, la que escuchan los otros, la que las palabras orquestadas producen; requiere de las manos, las de Fatma, las de nuestros afanes diarios, de esa mirada táctil de la yema de nuestros dedos. Es preciso leerlo a mordidas, saboreando las especias que son gusto y olor. El amante de Jassiba está desnudo entre *azafrán, aceite y azulejo*. La lectura nos abre como esas flores hurañas que tardan en ceder su más profunda piel... para reconocer nuestra relación con el amado en todos los sentidos (literalmente). Por algo subrayo *Nuestras caricias olían*.

6. LA POESÍA

Los poetas son la sabiduría decantada. No se puede leer Mogador sin la luz de los versos de poetas árabes que el autor ha elegido como guías, faros, conclusiones, para que el alma disponga de boyas, de rellanos donde respirar la vida, reconocer su forma y fondo. Un autor que conoce, que se emociona con los poetas en una lengua que nos es ajena y que en el español que hablamos nos

comparte el asombro, la experiencia poética. El mundo árabe y sus sofisticadas maneras, su apego al agua de la fuente que acompaña el murmullo de los hombres serpentea línea tras línea de este jardín ficticio donde se vive mejor porque la belleza es invención humana. Los poetas lo demuestran. *Algunos poetas dicen que Mogador tiene la edad de la escritura, que es una letra más del alfabeto.*

7. LOS SUBRAYADOS

Por más bella que sea la factura del *Quinteto de Mogador*, donde el autor se ha preocupado siempre por la inclusión del detalle, signo, foto que se suma a la experiencia lectora, no resisto agredir la página con el lápiz que subraya. Me es inevitable hacerlo frente a los hallazgos aforísticos, la sentencia de frases poderosas, la luz de las palabras. Las necesito enmarcar, poseer, es mi propio ritual de lectura. Año tras año, conforme iban saliendo cada uno de los libros que hoy se reúnen en uno solo, mis subrayados no han cesado. Puedo releerlos y leo de nuevo de otra forma. Juego a guardarlos, a que sean míos para siempre.

8. LA SABIDURÍA

Todas las historias de amor son historias de fantasmas. Estar enamorado es estar poseído por alguien. Cuando uno desea se vuelve una casa de fantasmas. Porque Ryad es uno de los nombres del paraíso. Porque incluso no necesitar nada es uno de los rituales del amor, el vacío. Porque los jardines son oasis que buscamos, por Jassiba y su manera de conducirnos en la lectura. Porque siempre hay un Virgilio en las lides de descubrimiento amoroso.

9. LA SUMA

Por la manera en que todas estas razones se imbrican y producen una experiencia memorable. Porque un libro es una geografía portátil, y la que nos regala Alberto, que sopesamos con la mano, va al corazón del deseo, a la voz de la piel, rompe el silencio para que lo celemos más, en ese otro lenguaje de los amados. Un libro es siempre una promesa. La promesa de perdernos en los laberintos mogadorianos, en las callejas estrechas, en cada puerta página hay una aventura que desconocemos. Sobre todo, porque *los amantes son frágiles como papel ante el roce ardiente de las palabras*.

Porque sin duda el personaje principal de la aventura mogadoriana es el lector: ese deseante, sonámbulo, amoroso, que se quema como el papel. **U**